

AMARILLO

AMARILLO

LIBRO DE RELATOS

Almudena Bustamante

Copyright © 2020 Almudena Bustamante

Todos los derechos reservados.

Querido lector:
Seis relatos cortos que tienen color amarillo, como el sol,
como la luz. Para arrancarte una sonrisa.
Que los disfrutes.

| | |
|-----------------------------------|----|
| «ESTRATEGIAS DE UN CAZADOR» | 9 |
| «TEMORES UNIVERSALES»..... | 16 |
| «UNA BUENA PERSONA»..... | 24 |
| «SOCIALMENTE IMPECABLES»..... | 31 |
| «UNA JOYA DE VECINA» | 36 |
| «UN LARGO VIAJE»..... | 41 |

«ESTRATEGIAS DE UN CAZADOR»

« ¡Qué circunstancias las de esta puñetera vida!», me digo todas las mañanas cuando me pongo a ojear el diario. Lo que más me inquieta, arrebata, deprime y entretiene es, desde luego, la sección de sucesos. «¡Que no, Germán, que la vida no es ni puñetera ni nada, que la vida es como es y punto!», me repito también cada mañana, para no dejarme llevar por el abatimiento que me aprisionaría de no repetirme esta especie de mantra en modo supervivencia básica, con el que afrontar tanta desgracia. ¡Cómo está el mundo!

La muchachita del quiosco me ha mirado con esos ojotes tiernos con los que siempre me mira. Un día de éstos he de dejar las cosas claras con ella, aunque le duela, aunque quede destrozada mientras me vea partir hacia mi destino, por el transitado andén número uno, hacia el abarrotado tren de las seis cuarenta y cinco. «Nena, mi corazón ya está ocupado», le diré, acompañándolo de un mohín tierno, eso sí, sin abandonar en ningún momento mi varonil apostura... No, no, demasiado manido, demasiado cursilón para los tiempos que corren. Y es que, aunque la chica que me vende el periódico cada mañana no me interese demasiado, lo que nunca debe hacer un hombre en mis circunstancias es cerrarse una puerta. Y menos aún una puerta de emergencia, como podría serlo, llegado el caso, la quiosquera, que aunque un poquillo entrada en carnes y basta como ella sola, no está la cosa para andarse con remilgos. ¡Pues no sé qué decirle a la chica de los periódicos! ¿Y si no le digo nada y le permito que continúe seduciéndome, por si las moscas? Aunque la verdad, me estoy viendo reflejado en las cristaleras de la cafetería y yo, si fuese mujer, saldría corriendo. Pero ya se sabe que estas divinas criaturas femeninas son caprichosas y de gustos complicados, y donde los hombres únicamente veríamos un ejemplar peludo, desgarrado y barrigón, ellas pueden atisbar, como si leyesen entre líneas, un apuesto hombretón, quizás feo, pero hermoso al fin y al cabo (ya se sabe, por aquello del oso).

El tren llega. Puntualísimo, como cada mañana. Así da gusto. Me toca despegarme de las sábanas un poco antes que si me desplazase en el coche, pero merece la pena. Ahora me siento

tranquilamente y ojeo las noticias con detenimiento. Así, cuando llego a la oficina, lo primero que hago es vacilarle a Nacho con mi retórica de pacotilla, vocablos calcados de la sección de finanzas que no tengo ni pajolera idea de lo que significan, pero como el “guaperas” es todavía más ignorante que yo, le pego una vacilada de dios te ampare. Como si lo estuviera oyendo: «¡Caramba, Germán, qué puesto estás en economía, tío!» y se me queda mirando con los ojos muy abiertos, esos ojos enmarcados por unas cejas que yo creo que se depila, y tan repeinado él, más de la cuenta para mi gusto, derrochando efluvios de su agresiva fragancia, una de ésas de “Me como el mundo yo solito” que anuncian en la tele. Yo sigo fiel a mi *Varon Dandy* de toda la vida, que es lo que nos echamos los hombres de verdad, los que no somos tan guapos, pero que a pesar de ello seducimos a base de feronomas o algo así, química pura, atracción natural.

Por cierto, ¿No me habré pasado hoy con la loción? «¡Venga, Germán, que el exceso de virilidad nunca está de más!» me digo. Y así logro convencerme a mí mismo de que soy infalible: huelo bien, estoy peinado con discreción, el afeitado perfecto, suave como nalga de bebé, el pantalón sin arrugas, la camisa limpia (de momento, que soy muy dado yo a la sudoración imprevista, y en un par de horas puedo atufar a humanidad sin proponérmelo), los deportivos impecables. Lo único que desdice en el conjunto de mi persona es esta barriga mía, chivata de mis excesos. Y la papada, que es lo que más me afea. «¡Venga, Germán, que no se diga!».

Otra vez la voz de la conciencia recriminándome este celo excesivo por mi apariencia, de la que siempre, para ser sinceros, me he preocupado.

Pero sobre todo, cuando estoy colgadamente loco por una mujer, como lo estoy ahora.

Me acomodo en mi asiento de todos los días. El ritual sagrado: todos los que coincidimos a diario en este tren nos conocemos ya, y de tácito acuerdo respetamos el sitio de cada uno, como se respeta a la mujer de un amigo (aunque de esto habría mucho que hablar). Y menos mal que lo hacemos así, porque de otro modo me tocaría patearme el tren de arriba abajo hasta dar con ella, y quizás no pudiésemos sentarnos uno frente al otro, porque seguro que algún listillo se me habría adelantado.

Ella se llama Dana. O Jana quizás, no estoy muy seguro. Pero así es como la llamó el revisor, que pareciese conocerla de toda la

vida. Por cierto, no me gustan nada las sonrisas que le dedica a mi Dana. ¡Otro guaperas para hacerme la competencia, éste madurito, por cierto! «Dana, Dana, Dana...» me lo repito una y otra vez, como un adolescente enamorado, con la misma tontería que me poseyó cuando aún iba al instituto, y me volví loquito perdido por aquella Maribel, una chica rubia y guapa, con aires de diva y un cuerpo que jugueteaba con la anorexia. Me siento igual: como si tuviera quince años.

Ya está aquí. Mi gatita juguetona, mi reina de Saba. « ¡Cómo viene hoy la tía!», me digo cada mañana cuando ella aparece y se sienta frente a mí, como siempre hace. Es tímida, mi Dana. O Jana, un escueto: «Buenos días» y ya está. Aunque puede que se haga la estirada, porque esa frialdad no me parece lo más acertado, que ya llevamos casi un año de compañeros de viaje y no hemos pasado del tratamiento cordial, aunque los de los asientos colindantes ya son íntimos: se saludan con un afecto casi familiar, como si esas personas con las que comparten trayecto cada día fuesen ya parte de sus vidas. No es mi caso, desde luego. ¡Qué más quisiera yo que formar parte de la vida de mi Dana! (O Jana, como sea).

El tren ya se ha puesto en marcha. Dana, como cada día, observa con mirada indiferente el panorama que le ofrece la ventanilla: bloques y bloques de viviendas hacinadas, todos iguales, todos insulsos, bofetadas de hormigón y ladrillo configurando un paisaje de pesadilla que ella contempla como con aprendida resignación. Y yo me pregunto, cada día, sin que deje de preguntármelo uno solo: ¿Y no será mejor darme un poco de charla, en vez de la observación silente de tan acérrima estampa? Pero ella sigue comportándose como si yo no existiese, lo cual me preocupa profundamente: ¿Tan desagradable resultado a la vista, para que prefiera los tendales abigarrados de prendas interiores?

«Tranquilo, Germán. Estrategias de mujer». En efecto, han de serlo, porque me he dado cuenta, cuando miro disimuladamente por encima del periódico, que ella parece deleitarse con la contemplación de mi persona reflejada sobre el cristal. ¡Otra explicación no cabe para entender semejante cara de placidez, ante la apocalíptica visión de los suburbios!

Y es que yo también procuro hacerme el duro. Los primeros minutos debo de parecer un perrillo a la espera de que le tiren un

hueso. Solamente me falta babear, pero no lo puedo evitar: en cuanto ella se sienta a mi lado, cruza esas piernas divinas, y comienza a envolverme su inconfundible perfume, pierdo la calma, me dejo llevar por lo que soy, un hombre fundamentalmente emotivo, y entonces adopto una actitud demasiado abierta, demasiado expectante, dispuesto a no dejar escapar el milagro de que ella inicie una conversación conmigo, aunque no me hable más que del tiempo. Pero eso nunca sucede. Se acomoda, tuerce la cabeza hacia la ventanilla y se queda como hipnotizada, viendo desfilar la arquitectura descorazonadora de los barrios periféricos. Pero yo no me rindo, recupero la dignidad y me pongo a hacer que leo el periódico, sin perderla de vista un solo instante. De cuando en cuando carraspeo un poco, o paso las páginas del diario con demasiada teatralidad, como si el hecho de doblar las grandes hojas fuese más complicado de lo que en realidad es, o me pongo a revisar inexistentes llamadas en mi móvil, o rebusco en el bolsillo de la chaqueta hasta que encuentro un bolígrafo con el que hago que resuelvo el sudoku, aunque en realidad la dispersión mental que ella me produce me impediría poner siquiera dos números correctos. Todo ello con el afán de llamar su atención, de recordarle que sigo allí sentado, coladito por ella. Pero no vuelve la cabeza ni un instante, no parece darse por aludida. Es como si fuese sola en el vagón, como si el resto de los pasajeros no existiéramos. Y por ello sospecho que tanta indiferencia no puede deberse más que a una sutil maniobra para tenerme en vilo, para hacerme llegar a límites insospechados de fervor hacia su persona.

En cuanto llegamos más o menos a mitad del trayecto, es ella quien saca un libro del bolso. Suele preferir autores de habla hispana, por lo que he podido comprobar. Desde luego, si tuviese que hacerle un regalo, con un libro acertaría seguro, porque conozco a la perfección sus gustos literarios. Eso sí: nada de *best sellers*, ni hablar de conspiraciones, ni de inspectoras listillas formadas en el FBI, nada de asesinatos ni de misterios: ella parece no dejarse arrastrar por las tendencias del momento, con lo que me entretienen a mí.

El caso es que, en cuanto se pone a leer, es cuando yo doblo el periódico y me pongo a mirar por la ventanilla con aire melancólico y soñador, que ese atisbo de sensibilidad gusta mucho a las mujeres. Ella de cuando en cuando interrumpe su

lectura, y si me sorprende mirándola, sonrío cortésmente, una sonrisa de milésimas de segundo para retornar la vista al texto, como si realmente fuese más interesante lo que lee que lo que yo le iba a contar, aunque de haber tenido oportunidad de hacerlo, quizás no hubiese podido articular palabra, babeando de nuevo a causa de ese esbozo de sonrisa que me ha dedicado, apenas un prototipo fallido de una verdadera y auténtica sonrisa. Pero a mí, enamorado como estoy de ella hasta la médula espinal, ese amago de atención hace que me derrita como un sorbete de limón al sol de agosto.

La semana pasada estuve a punto de lanzarme, en sentido figurado, por supuesto. Lanzarme significa tirarme al vacío figurativamente, o lo que es lo mismo: entrar a matar de una vez por todas, que no es que yo sea un psicópata encubierto bajo mi apariencia de tipo bonachón, no. Quiero decir con esto que estuve casi decidido a iniciar una conversación con ella, dispuesto a desplegar todo mi encanto oculto, seguro de sorprender con él a mi Dana, o Jana, o como quiera que se llame, porque detrás de mi apariencia vulgar, de este cuerpo carente de atractivo a primera vista —aunque muy viril, eso desde luego— detrás de esta apariencia anodina de tipo del montón más bien tirando a poca cosa, se oculta un seductor irresistible, un hombre inteligente —quizás debiera cultivar un poco más la mente, eso no se lo discuto a nadie—, un tipo sensible, tierno como un chuletón de *kobe*, una persona adorable, en una palabra.

La semana pasada no lo hice, pero de hoy no pasa. Antes de que ella saque su libro y se enfrasque como suele hacer en la lectura, yo habré sacado mis armas de conquistador, y cuando el tren se pare en su estación —justo la anterior a la mía— mi número estará entre sus contactos, y antes de que nos reencontremos en el tren, recibiré una llamada suya, invitándome a una prometedor copla, prelude del inequívoco «¿la última en mi casa?» ¡Si conoceré yo mis encantos!... Estoy deseando llegar al trabajo para ponerle los dientes largos al cretino de Nacho, que los tipos como él, o sea, los que van de guapitos por la vida, sé de buena tinta que no se jalen un rosco...

Mi Dana (O Jana, o como sea) acaba de sacar el libro. Ahora es el momento oportuno, antes de que comience a leer. ¡Allá voy! «Tranquilo, Germán. Ante todo, confianza en ti mismo», me digo, más que nada por aquello de la autoafirmación.

—Perdona...—carraspeo un poco— ¿No nos conocemos de algo?

Levanta la tal Dana, bellísima hembra, la vista del libro, quizás algo aturdida, como si no supiese a ciencia cierta si me estoy dirigiendo a ella. ¡Qué ojos, qué hermosura de cara tiene mi Dana, o Jana, o como sea!... El caso es que intuyo que lo he hecho mal, muy mal. Porque me acaba de fulminar con una mirada penetrante, al tiempo que en sus labios seductores, el carmín ha trazado un rictus desagradable, o sea, me ha dedicado una sonrisa indiscutiblemente mordaz. Podría haberme respondido: «¿Quizás nos conocemos de aguantarnos las jetas todos los malditos días laborables?». No, no le ha hecho falta decírmelo, porque de sus ojos han salido dardos envenenados. ¡Soy incorregible! Me pongo nervioso delante de una mujer que me interesa y suelen pasarme estas cosas... ¡Qué preguntita! En fin, esperemos que la metedura de pata no sea irreversible...

—Es que te lo digo porque tu cara me suena de algo...— Inexplicablemente, insisto. Y acto seguido comienzan a sudarme las manos, porque me doy cuenta de que con la excitación nerviosa que me posee, la boca se ha lanzado por su cuenta y riesgo, sin darle ocasión al cerebro a censurar las idioteces antes de soltarlas. Y claro, si me sudan las manos, de las axilas no quiero ni hablar, me chorrean. Y no exagero. Tendré que consultarlo con el médico, me temo que padezco algún síndrome de esos raros, tan frecuentes desde que se descubrió lo de las enfermedades genéticas. Comienzo a sospechar que con mi Dana estoy abocado al más estrepitoso de los fracasos...

Ella responde, tranquila e inmutable, sin regalarme un mísero ápice de misericordia, sin demostrar el más mínimo indicio de humanidad:

— Es que si mi cara no le sonase todavía, tendría usted un problema, técnicamente denominado *prosopagnosia*... Si me disculpa...

Y comienza con su lectura la cruel Jana, dejando en mí el terrible sentimiento de que el autor del libro, en la distancia, tiene cosas mucho más interesantes que contarle que el tipo del asiento de enfrente, que soy yo. Y me ha dolido en el alma que me trate de usted, dejando de ese modo bien claro que entre nosotros existe una barrera, una puerta electricada que ella no está dispuesta a abrir para mí.

«Vaya, Germán, la *depre* que te vas a agarrar a cuenta de esta Dana, o Jana, o como se llame», me digo a mí mismo, intentando disimular la sensación de estúpido que me envuelve como lo hace el desagradable olor corporal, que ahora emana sin control. Y me hago el duro, busco un chicle para masticar, y aún estoy a punto de ofrecerle uno a la hermosa mujer que me tiene loco...

El tren se para. Ella se levanta, y antes de abandonar el asiento, me dirige una mirada rápida, como si quisiese percatarse al cien por cien de mi simpleza, o como si me vigilase de soslayo, quizás temerosa de que esta idiotez que he demostrado sea consecuencia de algún síndrome psiquiátrico, de ésos que desencadenan en quienes los padecen reacciones imprevistas y violentas contra el prójimo más cercano.

Al verla caminar por el andén, sé a ciencia cierta que mañana cambiará de asiento. Seguramente se acomode en el vagón más alejado de éste que era el nuestro...

«Germán, ¿Qué ven tus ojos? ¡Leticia, es Leticia!», me digo de pronto.

Y Germán, sin perder de vista a su nuevo objetivo, comienza a estudiar sus movimientos para, a la mañana siguiente, asegurarse de que tendrá por compañera de viaje a la tal Leticia... «¿O tal vez la amiga le llamó Felicia?»

Cuando baja del tren ya es un hombre nuevo, decidido, seguro de sí mismo, felizmente encandilado por esa ilusión incomparable, por la hemorragia de amor que le produce el flechazo.

«Leticia, mi Leticia... ¿O será Felicia?», va repitiendo Germán, camino del trabajo.

«TEMORES UNIVERSALES»

¡Qué visión paradisíaca! Aquel lugar del mundo era, desde luego, muy bello. Lástima.

Lástima que las condiciones de sus habitantes fuesen las que eran. Pero para solucionarlo estaba allí la expedición, formada por un grupo de especialistas diversos de la Organización Mundial de Naciones (en adelante OMN), enviados en misión de trabajo, una ardua misión la de aquellos hombres y mujeres, encargados de analizar en profundidad las carencias de la sociedad humana que habitaba las islas, y una vez dado este primer y crucial paso, poner los medios al alcance de la OMN, o lo que es lo mismo, de todas las naciones ricas y civilizadas que integran la Organización, para paliar en lo posible las deficiencias encontradas e intervenir en este pequeño país, la República de Kuludun´a Too. Porque una Organización de Tal Calibre que se precie, no puede quedarse de manos cruzadas ante unas estadísticas —maravillosa e inagotable fuente de datos— que ponen de manifiesto el aterrador nivel de miseria de la joven República: la tercera nación más pobre del mundo.

Los expedicionarios llegaron con sus embarcaciones fuera borda hasta una playa de arenas blancas y abundante vegetación litoral, en la que unos muchachos chapoteaban y reían, eso sí, en pelota picada, los pobres. La jefa de la expedición sonrió con cautela a los muchachitos, que habían interrumpido momentáneamente sus juegos acuáticos, sorprendidos ante la aparición de aquellos extranjeros que perturbaban el mar y a sus habitantes con el ruido infernal procedente de sus embarcaciones. No es que los muchachos tuviesen miedo, nada de eso: los miraban asustados, desde luego, pero a causa de la ignorancia tremenda que parecía acompañar a aquel grupo de novatos: cualquiera sabía, desde la más tierna edad, que el mar es un delicado hábitat al que hay que respetar. Y tanto alboroto, y tanto humo maligno como traían con ellos, no era la mejor manera de hacerlo.

Una mujer rubia, que parecía desconocer por completo que en aquellas latitudes el sol carece de miramientos —por algo los oriundos llevan cargamento extra de melanina— se acercó hasta

el grupo de chicos, no sin antes caer de bruces sobre las aguas cristalinas. «¡Pero qué ignorante! —Pensaban los muchachitos— cualquiera sabe, desde la más tierna edad, que la transparencia del agua engaña acerca de su profundidad. ¡A saber cómo estarán de sucias las aguas de estas pobres gentes!» Los muchachos habían oído historias terribles de los extranjeros, y en todas ellas se relataba que vivían a orillas de aguas contaminadas, en extrañas chozas más altas que una palmera, y rodeados de humos irrespirables, y también de radiaciones, una especie de flechitas invisibles que cuando daban en el blanco, daban de lleno. Pero eran historias tan tristes y tan espeluznantes, que las madres se encargaban de desmentirlas mientras acunaban a los bebés a la luz de la redonda luna, para no atemorizar demasiado a los más pequeños.

La rubia, empapada hasta la médula y muy sonriente, comenzó a decir no sé qué. Los niños se miraban, extrañados. ¿Tampoco sabía aquella extranjera que cada poblado tiene su lengua, y que hace falta convivir un tiempo con las gentes de otros lugares para poderlos entender?

Enseguida se acercó a ella un hombre con la cara llena de pelos —reminiscencias simiescas— debido a lo cual los más pequeñitos lo señalaban con el dedo y se reían, aunque los mayores los miraban con reprobación: ya deberían saber que no estaba bien burlarse del aspecto chocante —jugarretas de la madre naturaleza— de otros humanos. El hombre, con mucho esfuerzo, vocalizó algo parecido a un saludo en *kuluduntés*, dicho lo cual tanto mozalbetes como tiernos infantes estallaron en carcajadas sin poderlo evitar. Sin duda el extraño extranjero había querido pronunciar un saludo, pero en vez de ello había articulado una palabra malsonante, de ésas que un hombre le dice a otro cuando, tras pasar la noche éste último con la mujer del primero, la hembra no viene demasiado contenta. Porque los *kuludunteses*, a pesar de su carácter afable y generoso, también dicen palabrotas, aunque en pocas ocasiones. Procuran llevarse bien entre todos, tanto entre los habitantes de las islas cercanas, como entre los de una misma isla. Y por ello los conflictos escasean, salvo cuando las mujeres están de por medio: desde hace siglos, desde que los hombres tienen conciencia de su propia existencia, las mujeres eligen libremente al hombre que más les gusta. Pero de cuando en cuando, si se les cruza otro que, de buenas a

primeras les ha hecho tilín, la mujer *kulunduntesa* puede proponerle al elegido una noche de amor, que éste nunca debe rechazar. Eso sí: la mujer ha de regresar al lado del marido totalmente satisfecha, ya que de no ser así ambos hombres tendrán un cara a cara, en el que el marido ofendido pondrá poner a caer de un burro al fugaz amante de la esposa, pues entre el pueblo *kuluduntés* no existe mayor honra que la de procurar alegría y bienestar a las mujeres, ni mayor agravio que causarles cualquier tipo de pesar.

Tras unos intentos fallidos de comunicación unilateral y regocijo unánime de los muchachos de la playa, los nativos parecieron entenderse al fin con el hombre de la barba. Y desde la aldea se vio llegar al nutrido grupo de jovencitos, acompañados de unos tipos que no tenían muy buen aspecto, pero con los que deberían mostrarse amables, pues si algo distinguía a los nativos de la isla, era su carácter afectuoso.

Así que la aldea en pleno se reunió en lo que los extranjeros denominarían la Plaza del Pueblo, y que los *kuludunteses* no denominaban de ninguna forma, porque no tenían la imparable necesidad de ponerle nombre a todo. Y después de sudar la gota gorda — el intérprete que traían consigo tenía, desde luego, suspenso en *kuluduntés*— los habitantes de la aldea pudieron saber que los extranjeros venían a observar sus costumbres y modo de vida, para tratar de...¿¿Ayudarlos??

«¿¿Ayudarnos??», pensaban los nativos intrigados, algunos un poco mosca...

Era aquel un pueblo hospitalario, y enseguida organizaron festejos para agasajar a los recién llegados. O eso fue lo que pensaron el grupo de la doctora Murphy-Adams de la Higuera (tan enrevesado apellido era fruto de lo cosmopolita de sus genes) y sus colegas, porque en realidad en aquella isla de *Kuludun'a Too*, como no tenían más que hacer, todos los atardeceres prendían una enorme hoguera en la playa y comían frutas —sin tener que emplear demasiados esfuerzos en la recolección, las había a patadas — y bailaban, porque lo del baile era divertido, les hacía reír y les animaba a confraternizar los unos con los otros.

En ninguna de las islas de la República de *Kuludun'a Too* tenían ejército. No les hacía falta. Eso no significa que a lo largo de su historia no hubiesen sufrido intrusiones extranjeras, pero antes del derramamiento de sangre y la violencia, recurrían al

espionaje, técnica ésta que les reportaba la indudable ventaja de ir por delante. Por eso los recién llegados desconocían el hecho de que entre los indígenas sonrientes que con tanta amabilidad les habían recibido, había uno que conocía a la perfección el idioma de los expedicionarios: el joven e imberbe *Dela'Too*. Este joven vivió inmerso durante dos durísimos años en lo que los nativos denominaban «las polvorientas y sucias tierras allende el mar», esas tierras abominables de las que, hace ya tantos años que no recordaban haberlo vivido ni los abuelos de los abuelos, vinieron unas embarcaciones cargadas de tipos muy descuidados en su higiene personal y con abundantes y muy malas pulgas, empeñados en imponer su santa voluntad. Por imponer, impusieron hasta los dioses a los que habrían de adorar, que no es poco. Aunque nunca llegaron hasta el archipiélago de *Kuludun'a Too*, sí lo hicieron las terribles historias que otros pueblos del mar referían acerca de ellos. En la pequeña república aún no habían sido objeto de invasiones de tal calibre, pero no bajaban la guardia, por si las moscas.

Dela'Too sonreía, sonreía mucho, continuamente. Y seguía a la doctora Murphy-Adams De la Higuera a todas partes, porque era ella quien parecía llevar la voz cantante. Y así, poco a poco, fue como el joven se fue percatando de las pretensiones de aquellos extranjeros, y una vez reunida la información necesaria, se presentó ante el jefe del poblado, para reportarle con pelos y señales lo averiguado:

—Esto no me huele nada bien, jefe—comenzó *Dela'Too*.

—¿Qué vienen buscando, muchacho?

—Yo creo que nos buscan las vueltas, señor. Agárrese: ¡Quieren erradicar la pobreza, no sólo de nuestra isla, sino de toda la nación!

El jefe, pensativo, se acariciaba la barbilla. Por fin habló:

—¿Qué pobreza?

—Pues no sé...

—Muchacho, ¿No andarás un poco verde en vocabulario, y te estás liando?

— ¡No, señor, hablaban de pobreza! Tienen previsto construir una escuela, en la que los niños puedan recibir clases. ¡Como si no aprendiesen bastante al aire libre! Y quieren que los niños aprendan sus enseñanzas, para que puedan ser competitivos. Esto significa, jefe, que enseñarán a los pequeños a llenar la isla de

artefactos sucios, de éstos a los que son tan aficionados, de éstos que contaminan las aguas y llenan la brisa de gases que la hacen irrespirable.

—La situación es peor de lo que esperaba...—dijo el jefe, pensativo.

—Pues aún hay más, señor—respondió Dela'Too— quieren erradicar... ¡El hambre!

—¿Pero qué hambre?— se impacientó el jefe.

—Pues no sé, señor...al parecer, nos invadirán con todo tipo de materiales contaminantes, como recipientes en los que introducen algo parecido a leche, porque dicen que las cuatro cabras que tenemos no satisfacen las necesidades lácteas del poblado. ¡No tienen ni idea de lo que es una alimentación sana! Créame, señor: se me ponen los pelos de punta cuando los oigo. O les paramos los pies, o nos lo ponen todo patas arriba.

—Bien, *Dela'Too*, buen trabajo. Habla con el resto de tus paisanos, y avísalos para reunirnos urgentemente.

Y así lo hicieron. Se reunieron en lo que los extranjeros llamarían la Plaza del Pueblo, pero que ellos no denominaban de ninguna manera. Y aunque el intérprete de la expedición merodeaba por allí, lanzando cumplidas y bobaliconas sonrisas mientras llevaba extraños objetos de un lado para otro, los *kuludunteses* allí reunidos hablaron con total libertad, porque habían constatado que el extranjero aquel no se jalaba un rosco.

Muchas, muchas vueltas le dieron los atemorizados isleños al asunto, pues de buenas a primeras los recién llegados amenazaban con desbaratar la tranquilidad de sus vidas. No es que los *kuludunteses* dudasen de las buenas intenciones del equipo de Murphy—Adams De la Higuera, para nada. Lo que les hacía terriblemente peligrosos no eran sus propósitos, sino su ignorancia. ¡Aquellas gentes no sabían nada! La ignorancia, uno de los peores azotes de la humanidad... ¡Había que actuar y rápido!

La propuesta más aceptada, la más lógica y aprobada por mayoría, fue la del diálogo: la mejor solución sería sin duda hablar con los del equipo de la OMN, y hacerles comprender que en *Kuludun'a Too* no necesitaban el aporte de otras civilizaciones, porque después de siglos y más siglos de una existencia pacífica y feliz, no había ningún motivo que justificase el cambio. Pero *Dela'Too*, que no en vano conocía bastante bien la forma de

actuar de los extranjeros, determinó que esta solución tan sensata era inviable, habida cuenta de lo pesados que podían llegar a ponerse los enviados de la OMN.

Y pensando, pensando, que para esto los *Kuludunteses* disponían de bastante más tiempo que los extranjeros (el tiempo era el mismo, pero a los extranjeros se les escapaba de las manos como el agua de una cesta, porque no sabían cómo tratarlo), llegaron a la conclusión de que la mejor defensa es, siempre, un buen ataque.

Y se pusieron manos a la obra.

La estrategia de los nativos se inspiró en los temores universales, y en la elemental teoría que postula lo siguiente: «Ante situaciones adversas imprevistas, desconocidas y que amenacen su integridad física, las probabilidades de que el ser humano salga pitando, son del noventa y nueve coma nueve por ciento».

Si bien es cierto que esta teoría —elegante en su sencillez— dejaba un cero coma uno por ciento de probabilidad de fallo para la estrategia de los isleños, éstos decidieron asumirlo y probar.

Y así, a la mañana siguiente, cuando los expedicionarios de la OMN al mando de la doctora Murphy –Adams (De la Higuera) estaban plácidamente sentados en la Plaza del Pueblo, intentando en vano sonsacar a los más pequeños las terribles dificultades por las que pasaba el día a día de su corta existencia, y anotando con minuciosidad las disparatadas conclusiones que a duras penas traducía el intérprete, la tranquilidad de la mañana se vio interrumpida por la súbita aparición de un nativo que parecía haberse vuelto loco, pues gritaba tan desaforadamente, y daba tales saltos y hacía tantos aspavientos, que a la doctora De la Higuera le subieron las pulsaciones a límites peligrosos. Aunque lo peor llegó cuando el hombre, recuperando momentáneamente el control de sus funciones motoras, se sentó en una de las piedras que hacían las veces de banco de Plaza del Pueblo, y entonces fue cuando la doctora y sus colegas pudieron contemplar el terrible aspecto de su cara: le había brotado un sarpullido espeluznantemente rojo.

Y de pronto, otra vez los gritos y los saltos, y aquella especie de baile de San Vito que parecía ser otro de los síntomas del terrible síndrome que afectaba al pobre desgraciado.

Ni que decir tiene que los niños, en cuanto lo vieron, salieron corriendo, aterrados, a refugiarse en sus casas y en menos que canta un gallo el lugar quedó vacío, porque el del baile de San Vito se había internado, entre saltos y alaridos, en la espesa vegetación que rodeaba el poblado.

Todo era silencio. Los enviados de la OMN se miraban los unos a los otros, desconcertados. Y entonces, de las casas comenzaron a salir familias enteras, portando sus escasísimas pertenencias (ya sabemos, a estas alturas, que los *kuludunteses* son pobres), con caras de susto y la prisa metida en el cuerpo, cosa realmente extraña en ellos. La doctora detuvo a una de las mujeres y el intérprete tradujo:

—Se van todos de la isla...

En ese momento apareció, tan presuroso como los demás, el jefe de la aldea. Al parecer, también se largaba...

— ¡Deténganlo! ¡A ver si alguien pude decirnos qué está pasando!

El intérprete interrumpió la acelerada marcha del hombre, quien a duras penas, muy asustado, habló. Y a continuación corrió hacia a la playa, para subirse en la barca y desaparecer, como hiciera el resto de los habitantes del poblado.

El traductor, con los ojos como platos, procedió con su labor:

—Ha dicho que el hombre que hemos visto tiene el mal de la Chinchilla, tremendamente contagioso y mortal de necesidad...Huyen todos a alta mar. Prefieren que se los trague el océano antes que soportar la tortura de una muerte como ésa.

En el equipo de la doctora nadie había oído hablar del mal de la Chinchilla, debía de ser una de tantas enfermedades tropicales aún por catalogar. Pero claro está, eso no restaba importancia al asunto...

Nadie hablaba. Estaban esperando. Esperando la pronta reacción de la doctora jefa, la doctora Murphy—Adams De la Higuera, la cual no se hizo esperar:

— ¡No toquéis nada, dejadlo todo, hasta los equipos electrónicos! ¡Pueden estar contaminados! Esta es una emergencia de nivel uno: ¡Todos a la playa sin pérdida de tiempo!

Y entonces la doctora De la Higuera activó un pequeño dispositivo que llevaba en su mochila, gracias al cual un helicóptero de rescate de la OMN despegaba en aquel preciso instante hacia la posición indicada por la señal de emergencia.

Desde detrás de los árboles que los ocultaban, los isleños pudieron contemplar cómo el artilugio ruidoso y volador se elevaba hacia las alturas, llevándose a aquellos metomentodo. Al atardecer, bailarían más que de costumbre, porque en *Kuludun'a Too*, como en todas partes, los grandes acontecimientos merecen una celebración.

Naturalmente, los *kuludunteses* desconocían que esta estrategia ya había sido utilizada en tiempos de la Segunda Guerra Mundial —que sepamos— cuando unos doctores polacos lograron mantener lejos a los invasores alemanes, haciéndolos creer que en la zona había una epidemia de tifus.

De cualquier forma, la teoría funcionó, y seguirá funcionando mientras los humanos sigamos existiendo, porque: ¿Hay algo más universal que el miedo?

«UNA BUENA PERSONA»

Siempre me he considerado una buena persona: no he matado, no he ofendido ni verbal ni físicamente a ninguno de mis semejantes, no he robado...Y eso que cuando pienso en los beneficios anuales de los bancos, me dan ganas de presentarme en el despacho del presidente de la entidad, y pedirle —como mucho, eso sí, a punta de afilada y viperina lengua— un poco de conmiseración a la hora de cobrar por las operaciones bancarias...Este es, para que se hagan una idea, el peor y más canalla de mis pensamientos. No es gran cosa, como puede constatarse, máxime si lo comparamos con la cantidad de actos terribles de los que tenemos noticia a diario.

Bueno, pues a pesar de esta tendencia natural mía a la bonanza de alma, a la fragilidad de sentimientos, a pesar de esta tendencia innata al respeto para con el prójimo como lema de vida, las cosas me van tremendamente mal. ¿Por qué me pasa lo que me pasa, siendo yo, como soy, una persona buena?

Uno de los peores incidentes me sucedió hace unos años. Y desde entonces, no han parado de producirse calamidades hasta el día de hoy. Aquello ocurrió nada más comprarme el coche, que mira que le di vueltas y vueltas a lo del modelo que habría de elegir —porque una de mis características de personalidad, que más que una característica es un defecto importante— es mi indecisión. Y cuando por fin opté por una marca, modelo y color, me pasó lo que me pasó. Porque no sé decir *no*, y esta incapacidad para desentenderme de los problemas de los demás, que en principio debería ser una actitud positiva para caminar por la vida, a mí no me ha traído más que continuos quebraderos de cabeza.

El desastre se produjo una tarde en la que Nacho, mi buen amigo desde la infancia, me pidió el coche. Estudiamos juntos en la escuela, no le digo más, eso une muchísimo, compartes con los amigos los peores momentos, los de la adolescencia emergente, con sus inoportunos cambios corporales, como ese vello que coloniza poco a poco los rincones anatómicos más insospechados o esos granos purulentos en la cara, todo un despropósito en una etapa vital tan enamoradiza. No hay peor batalla que la que se

libra contra la adolescencia. Pero a lo que íbamos: Nacho, que comenzaba a salir con una chica que le quedaba demasiado grande, me pidió el coche prestado, puesto que al verse incapaz de impresionarla debidamente con su persona, necesitaba del flamante vehículo nuevo para hacerlo. He de confesar que tuve mis dudas, porque Nacho, al que quiero entrañablemente, no es lo que se suele tener por una persona responsable. Cuando se pone a beber, se queda solo. Y no es una forma de hablar: se queda solo porque bebe tanto, el muy cretino, que llega un punto en el que no hay quien le aguante. Y cuando coge un vehículo, le da lo mismo llevar una copa, que veinte. Yo esto lo considero una temeridad, pero a Nacho no se le pone nada por delante. Bueno, tanto como nada...Una farola fue lo que se le puso por delante en aquella ocasión en la que le dejé mi coche nuevo. Al parecer, la velada no discurrió de acuerdo a las expectativas que él se había formado — es decir, que fue a meter mano a la chica y ésta le sacudió un tortazo de libro *Guinness*— y como es tan sensible Nacho, se pasó el resto de la noche dándole a la priva, para poder soportar, convenientemente anestesiado, la decepción sufrida. Dice que no se dio cuenta de que se subía a la acera, y naturalmente, que no vio la farola, a pesar de estar encendida. ¿Qué hice yo? Pues lo que hubiera hecho usted, y la mayoría de los seres humanos, o eso espero: consolar al pobre Nacho, que me vino llorando, sí, llorando a todo llorar, y explicándome que, como había bebido más de la cuenta, estaba desposeído de sus facultades, y que él no quiso hacerlo, y que es un enfermo, porque quienes son esclavos de la bebida a la hora de buscarle desahogo a un choque emocional son enfermos, y como tal, deben ser tratados. «Que sí, Nacho, que no sigas dándome argumentos, que ya bastante tienes con lo tuyo, majete», le decía yo mientras trataba de consolarle sobre mi hombro. ¿El coche? Pues el coche, siniestro total. Con lo que me dieron por el amasijo de chatarra y lo poco que tenía ahorrado, me compré uno de segunda mano. Nacho no podía hacer frente a los gastos de reparación, eso por supuesto. Ya bastante tenía con pagar la multa y la farola. Así que continué costeadando las letras de un vehículo que ya no tenía, qué le vamos a hacer. Eso sí: Nacho, entusiasmado —que no en vano digo que es un buen tipo, y que le quiero de todo corazón— se ofreció para jugarse lo que me quedaba en una clandestina de mus, en la que según me dijo, se jugaba también el cuello, porque la timba la

organizaban unos mafiosos de cuidado, tipos peligrosos. Me dijo Nacho que con un poco de suerte y cuatro trampitas bien hechas, me lo multiplicaba por diez. Se lo agradecí a mi amigo, pero no le dejé hacerlo. Tuve un momento de debilidad y reconozco que estuve tentado de darle el dinero, pero me arrepentí a tiempo. Primero, porque no quería que Nacho se viera envuelto en un tinglado de novela negra, que ya bastante tiene el hombre con lo suyo. Y segundo, porque he dicho que soy buena persona, y a mí eso de que mi amigo me trajera el dinero ganado a base de trampas, pues como que no me va. Que soy muy honrado, de verdad.

Bastante peor que lo del coche —que al fin y al cabo no es más que un coche, y en caso de necesidad uno puede aferrarse al transporte público— fue lo del piso. Me explico: compré un pisito pequeño pero muy acogedor, en el que efectué unas obras, porque la verdad, cuando lo adquirí estaba bastante deteriorado. Era un inmueble de principios de siglo, y pedía arreglos a gritos. Llevaba viviendo en él aproximadamente un año, cuando se instaló en el piso de al lado Efrén. Efrén me gustó nada más conocerlo: un cubano grandote, con unos músculos envidiables que él decía heredados de la estirpe de cachas reconocidos de su papá, pero que yo sabía cultivados durante sesiones y más sesiones en el gimnasio del final de la calle. Un buen tipo de los pies a la cabeza, simpático y honrado a más no poder. Cómo sería de honrado Efrén, que trabajaba para el servicio municipal de limpieza, y en una ocasión se encontró una cartera con bastante más dinero del que él cobraba en dos meses de trabajo. ¿Qué hizo el cubano? Devolvérsela a su propietaria —una rubia algo descarriada— con el contenido pecuniario íntegro. Y aquí comenzó, gracias quizás a la buena acción realizada, una dulce etapa en la vida de Efrén, porque la rubia y él se enamoraron, y comenzaron a vivir juntos. Pero como no hay nada perfecto, el fantástico idilio con la propietaria de la cartera tenía su lado turbio, muy turbio. Ella también se dedicaba profesionalmente a la limpieza, pero de los bienes ajenos. Y cuando Efrén se enteró, ya estaba perdidito de amor por ella, que si algo tienen los cubanos es que son muy enamoradizos, entregan el alma. Así que a Efrén no le quedó otra opción que subirse al carro en el que su novia iba montada, y que no era otro que el de la vida fácil. La rubia necesitaba mucho dinero para pasar el mes, y las cosas

empezaron a complicarse. Y entonces Efrén vino a solicitar mi ayuda. Con su suave acento caribeño, y una sonrisa descomunal, me pidió que los alojase a él y a su rubia en mi casa.

—Sólo unos días, hasta que encuentre algo más barato, porque con lo que gasta mi chica ya no me llega para este apartamentico...

Por supuesto. Por supuesto que aquella misma noche Efrén y su rubia cleptómana dormían a pierna suelta en mi cama, después de entregarse —durante un rato que a mí se me antojó interminable— a una pasión tan arrebatadora que en un momento dado pensé que se estaban matando, mientras yo daba vueltas y más vueltas en el sofá de la salita, al que me relegué voluntariamente como buen anfitrión. El piso pronto se nos quedó pequeño: en cuarenta metros cuadrados no se pueden alojar tres adultos, menos aún si uno de ellos es tan grandote como Efrén, y si para mayor despropósito, tiene una novia excesivamente aficionada a las ropas y los potingues, que surgen por cada rincón de la casa como hongos de criadero. Así que cuando Efrén me lo propuso, acepté de buen grado. Lo comprendí, desde luego que lo comprendí:

—Tú verás, amigo—me dijo Efrén, muy apurado— en esta situación no hay quien viva. Aquí está claro que no cabemos todos, ya bastantes estrecheces pasé yo en mi infancia cubana, que este piso es un palacio al lado de donde me tocó vivir allá, con cinco hermanitos que éramos y mi mamá... Tú verás, pero si te buscas algo, yo te pago un alquiler, no muy alto eso sí, que ya sabe usted que estoy *apurao*... además la rubia quiere intimidad, y ya sabe lo que son las mujeres, lo más *sagrao* de la tierra...

En pro de la amistad que me unía a aquel vecino musculado de sonrisa franca, hice mis maletas y me fui. Para que tuvieran intimidad.

No le culpo a Efrén, no señor. Ni a ella tampoco, que bastante tenía la mujer con la manía esa de afanar todo lo que se le ponía a tiro. El caso es que no me pagaban ni un duro de alquiler, porque todos los meses se quedaban cortos. Yo lo comprendía cuando él me abría la puerta y desde el descansillo —porque la novia, ahora que disfrutaba de la merecida intimidad, se paseaba en paños menores, y Efrén era muy celoso— me contaba sus calamidades económicas.

Pero con lo del incendio, la verdad, me disgusté bastante. Me avisaron los bomberos a las cinco de la mañana. Efrén me contó lo sucedido: a pesar de las reducidas dimensiones de la vivienda, se juntaron allí unas quince almas, para celebrar que a la rubia le hubieran sobreseído una causa por robo con agravantes de reincidencia y nocturnidad. Como eran muchos, y el pisito tan pequeño, estaban allí demasiado justos, tan justos que no se atinaba ni a pisotear el cigarrillo una vez arrojado al suelo. Y uno de esos cigarrillos mal apagados rodó hasta la alfombrita de la sala, cien por cien acrílica, que comenzó a arder como una tea empapada en gasolina.

Efrén lloraba. No vea usted la impresión que causa ver a un hombretón así, llorando como un niño pequeño. Pero allí estaba yo para consolarlo. «No te preocupes, Efrén, que el piso ya se arreglará». Y para que se le pasara el berrinche, yo le insistía en que lo sucedido carecía de importancia. «Imagínate —le decía yo— que hubiésemos tenido que lamentar alguna desgracia personal. Eso, Efrén, eso hubiese sido verdaderamente trágico, no lo del piso quemado».

Estuve un par de años más viviendo de alquiler, porque los desperfectos del pisito fueron tales que tardaron bastante en dejarlo en condiciones, pero antes tuve que ahorrar a base de bien para arreglarlo. Pero para consolarme pensaba en Efrén y en su novia, que al fin y al cabo se habían quedado sin nidito de amor. ¿Dónde habrían ido a parar? Porque me consta que no todo el mundo está dispuesto a aplazar el pago del alquiler indefinidamente, como yo hacía.

Ahora, bien mirado, tengo mis ventajas. No pago alquiler, y eso que me ahorro. Soy optimista por naturaleza, esta es mi forma de ser. Procuero no darle importancia a lo que no la tiene, Incluso a la peor situación me desvivo por encontrarle un lado bueno. Hasta en mis condiciones actuales procuero evadirme —figurativamente hablando— y echarle coraje al asunto, porque es la única forma de salir adelante.

¿Cómo he llegado hasta aquí? Pues lo relataré a continuación, porque es algo que le puede suceder a cualquiera. A cualquiera desprovisto de egoísmo, claro está, y que me consta que, afortunadamente, cada vez somos más.

Una tarde de primavera, me encontré, casualidad de las casualidades, con Antonia, la chica más guapa de la facultad, y a

la que hacía unos años que no veía. Me reconoció enseguida, a pesar de que cuando nos veíamos por los corredores, en los cambios de clase, nunca hizo ademán de saludarme. Yo pensaba que ni siquiera me conocía de vista, pero se ve que me equivocaba.

Antonia estaba estupenda: además de tener mejor aspecto que nunca, se deshacía en atenciones. Incluso me invitó a tomar un café, en honor de los viejos tiempos. Acudimos a una de esas cafeterías frecuentadas por estudiantes, para ambientarnos. Y entonces Antonia me dijo que llevaba un tiempo buscándome, porque le habían hablado muy bien de mí, y que era una afortunada casualidad que nos hubiésemos encontrado: tenía un plan muy interesante que proponerme.

Me dijo Antonia que se había acordado de mí porque en la facultad ya quedó claro quien valía y quien no, y que por ello, por mi imponente currículum académico, deseaba contar conmigo para la creación de una empresa en la que necesitaría un socio. Ella, en pago por mi inestimable trabajo como asesor, me nombraba socio mayoritario y exclusivo. Porque sí. Porque se fiaba de mí y era su forma de agradecerme que aceptase, además, el puesto de mayor responsabilidad, el de gerente. De momento, ni su novio ni ella figurarían, para no quitarme protagonismo, dijo.

Y acepté. Acepté encantado de poder ayudar a Antonia y a su novio a constituir su empresa, que en realidad nunca tuve claro a que se dedicaba. O debería decir a qué me dedicaba, porque la única persona física que aparecía por cualquier lado era yo.

Y estoy en la cárcel, sí señor. Cuando me dicen que es imposible que no me lo viera venir, yo insisto en que realmente no lo vi: hay quienes me tachan de lerdo, por no hacerlo de mentiroso. Pero no me importa. Porque yo sé que no lo soy. Además, tengo la suerte de que puedo llevar mi propia defensa, y digo suerte, porque me voy a ahorrar un buen dinero en abogados, si lo sabré yo...

Escriba, escriba, que en verdad mi historia es digna de aparecer en su periódico, porque no sé qué habré hecho para que la vida me pague de este modo. Escriba también que, como dije antes, soy una persona tremendamente positiva, y aprovecharé esta estancia carcelaria para ampliar conocimientos. Aunque ya van a ser demasiados títulos para una misma persona, con la de ignorancia sin curar que hay por esos mundos de Dios: licenciado

en empresariales, master en economía, la licenciatura de derecho. Y el doctorado, que no se me olvide... Como me aburro por las tardes, me dio por leer libros de matemáticas, y me saqué la carrera un poco a lo tonto, que nunca habían sido los números tan abstractos como de mi devoción... Aquí, en este penal de máxima seguridad —que no sé yo para qué tanto— lo de hacer amigos está un poco difícil, y aprovecharé las horas muertas para estudiar psicología, que el conocimiento del comportamiento humano es una asignatura que tengo pendiente, y ocasión como la que se me presenta... Además, en este sitio las depresiones están a la orden del día, y quien sabe si quizás pueda ayudar a algún infeliz que lo necesite...

«SOCIALMENTE IMPECABLES»

Martina está a punto de salir de la cafetería en la que todos los días, y en la misma mesa, se toma el café de las once. En ese preciso instante entra un hombre que le sujeta gentilmente la puerta. Pero Martina no llega a traspasar el umbral: el tipo, que continúa sujetando la pesada hoja de cristal, pronuncia su nombre con incuestionable sorpresa:

—¡No me digas que eres tú, después de tantos años!

Martina sonríe un poco atolondrada, hasta que su memoria, esforzándose hasta la extenuación, le devuelve un nombre y una etapa de su vida:

—¡Miguel! ¡No me lo puedo creer!—Exclama ella sin poder disimular el estupor, que bien puede confundirse con sincero asombro. Después de treinta años, acaba de encontrarse con un antiguo novio, con el que mantuvo una tortuosa relación hasta que la inmadurez que los uniera decidió separarlos definitivamente.

—Estás... ¡Estás estupendo!—Miente, mientras contempla sin disimulo y con cierta aversión la rotunda calva de él, algo brillante, y esos ojos verdes que le volvieron loca y ahora parecen empeñados en achicarse hasta casi desaparecer tras los mofletes orondos y las cejas descuidadas. Continúa con el desconcierto dibujado en el rostro, escudriñando sin misericordia la oronda barriga, mientras se pregunta cómo puede mantener el equilibrio sobre esas dos pierrecillas, con el centro de gravedad tan desplazado por la protuberancia excesiva de su abdomen.

— ¡Madre mía, tú sí que estás de miedo!— «Y tan de miedo...», piensa él mientras inspecciona las patas de gallo que asolan los antaño hermosos ojos de Martina, parapetados tras una capa de maquillaje tan inútil como llamativa. Su mirada se desliza ahora para descubrir con horror que esas cartucheras que ya hace años prometían dispararse —aun careciendo de pistolas—han cumplido su promesa.

— ¿Quieres tomar un café?— Pregunta él por cumplir, porque es lo que suele hacerse en estos casos, la cortesía que no falte...

—Bueno, la verdad, no dispongo de demasiado tiempo, pero... ¡Qué demonios, el encuentro lo merece!—Y Martina acepta la invitación, llevada exclusivamente por el morboso propósito de regodearse un rato ante la visión decrepita del que fuese su gran amor, feliz e íntimamente satisfecha de que aquel guaperas que tantos celos le provocara y por el que tantas lágrimas derramó, ya no fuese ni la sombra de lo que era. «¡De la que me he librado!»

—¡Pues no se hable más!—Y Miguel suelta la puerta por fin y sigue a Martina hacia el interior del local, mientras contempla con sorna el trasero desmesurado de la que fuese su gran amor de juventud, y se deleita maliciosamente ante el alivio indescriptible que experimenta al pensar que se ha librado de compartir cama con ella.

Se sientan en una mesa al lado de la ventana. Martina pide un café con sacarina y Miguel una cerveza. «No me extraña que le dé al edulcorante», piensa él regocijado, «¿Ese pedazo de barriga será cervecera?», piensa ella, sin relajar la sonrisa ni un segundo.

—Bueno, bueno... Martina... ¡Cuántos años! Dime... ¿Terminaste la carrera?

—Pues sí. La terminé—le contesta ella con sonrisa triunfal que, de leer entre líneas. Miguel hubiese interpretado como «A pesar de que me dejaste y me agarré una depresión que me mantuvo alejada del mundo durante un año...»—Trabajo en un bufete aquí al lado. Me va muy bien. ¿Y tú? ¿Terminaste?

—Sí, al final, contra todo pronóstico, acabé... ¡Qué te voy a contar a ti, lo poco que me gustaba estudiar! — Y sonrío satisfecho, porque le gustaría poder añadir que pudo acabar la carrera, a pesar de ella, a pesar de lo mal, de lo fatal, que se lo hizo pasar cuando tonteaba con aquel imbécil pijo de su facultad, con el que estaba seguro tuvo algo más que conversaciones académicas. « ¡Cuanta lágrima solté, por dios!»—Trabajo en una multinacional, viajo mucho, pero estoy contento...

— ¿Y qué tal tu familia, tus padres, tus hermanas?—Pregunta Martina, fingiendo un sincero interés, aunque no le importa un carajo la suerte que haya podido correr la bruja de su madre. Y mucho menos la zorra de su hermana, tan estirada, tan insufrible.

—Mamá nos dejó...—contesta Miguel, con profunda aflicción.

— ¡Cuánto lo siento!— dice Martina, intentando parecer afectada, cuando en realidad le trae al fresco. Pero Miguel se percata de la confusión que sus palabras han creado, y reacciona:

— ¡No, no es que haya muerto...! —Y ahora Martina cruza sus manos sobre el pecho y resopla, simulando un profundo alivio que no siente para nada, mientras abre desmesuradamente los ojos. «¿Entonces qué le ha pasado a la hija de perra?»—Nos dejó porque se lió con el socio de mi padre, no sé si llegaste a conocerlo...Nunca te comenté que mamá tonteaba con él, ya sabes que en casa no somos de airear los trapos sucios...El caso es que al final se divorció de papá y se casó con él...

— ¡Oh, pues vaya! No sé qué decirte— le responde Martina, aunque miente, porque de poder hacerlo, sabe perfectamente lo que le diría: «No me sorprende en absoluto, siempre supe que tu señora mamá era un putón.»

— ¿Y tus papis, qué tal, tan encantadores como siempre?—Y Miguel ha tenido que hacer de tripas corazón, porque nunca, mientras viva, podrá olvidar el genio que se gastaba aquel hombre, para qué recordar la vez que esperaba a Martina en el portal y el «papi» le pilló por banda... ¡Pero si amenazó hasta con castrarle, si le tocaba un pelo a su hija!...El pobre era una bestia parda.

—Pues están bien, afortunadamente, aunque son muy mayores, ya sabes que el tiempo pasa para todos— Y Miguel nota cierto retintín en las palabras de Martina, pero no se da por aludido, porque aunque ella es narcisista a más no poder, tiene que estar muy ciega para no ser consciente de lo estropeada que está.

—Bueno, y dime... ¿Te casaste, vives en pareja, tienes hijos...? ¡Mira, yo tengo cuatro niños como cuatro soles!— muy sonriente, Miguel muestra con paternal orgullo la consabida foto que a alguien se le ocurrió una vez guardar en la cartera, idea ésta que los latazos como Miguel secundan, sin consideración alguna hacia todos aquellos mortales a los que aburren con las sonrisas desdentadas de unos churumbeles que, en realidad, vaya usted a saber quién será el padre...

— ¡Monísimos!—Dice Martina, arrastrando mucho la ese en un intento desesperado por enfatizar su reacción, que se ve a la legua, es básicamente insulsa— ¡Uy el pequeño qué rubito...! Sale a la mamá, claro...— con excesiva vehemencia, Martina está

insinuando que, como la mamá no sea nórdica, Miguel tiene un problema...

—Pues no...Sale a mi suegro, que era rubio como un querubín—Martina sonríe maliciosamente. «Yaaaaa... ¡Y si llega a ser mulato, seguro que la mamá tenía un bisabuelo congoleño!». Ahora le toca mover ficha a ella en esta partida improvisada, en la que el ganador se llevará la cuestionable satisfacción de demostrarle al contrario la suerte infinita que ha tenido en la vida desde que lo perdió de vista:

—Pues yo tengo una hija... adolescente ya... ¡No sabes lo que te espera!...La verdad, es buena chica, pero de la edad del pavo no se libra nadie...Mira, te voy a enseñar una foto que tengo en el móvil («Porque con las nuevas tecnologías lo del retrato en la cartera está más pasado que el cuello de esa camisa que llevas», hubiese dicho Martina, de no ser una mujer socialmente asertiva).

— ¡Vaya con la niña! —dice Miguel sinceramente sorprendido, porque la fotografía es de cuerpo entero, y las cartucheras de la madre, aunque parezca imposible, son de juguete al lado de las de Martina *junior*—la veo y me recuerda a ti... («Sobre todo de cintura para abajo». Y tiene que morderse la cara interna del carrillo hasta casi hacérselo sangrar, para no reírse ante la malvada apostilla que reserva sólo para él)

—Pues sí, se parece bastante a mí, aunque si hubiese salido a su padre tampoco pasaba nada...Es muy guapo, mi marido.(«¡Toma, toma y toma!»)

—¡Si ya sé yo que a ti siempre te han gustado los guapos...!—Y sonríe pícaramente Miguel, relamiéndose de gusto al percatarse del gracejo natural que lo adorna—¡Como a mí las guapas!¡Mira, mira...!—Y retomando la impenitente manía de exponer la cartera como un muestrario de vendedor ambulante, le pasa por las narices a Martina —literalmente hablando—la dichosa foto.

Ella no distingue a esa distancia más que una silueta borrosa. Pero es tanta la curiosidad por fisgonear hasta el detalle el aspecto de la mujer de Miguel—que seguramente será repipi a más no poder, y tan mojigata y sosa en la cama que él andará a la que cae—que a pesar de la coquetería enfermiza de la que adolece, a punto está de sacar sus gafas de presbicia del bolso. Pero finalmente recapacita: la curiosidad mató al gato. No merece la pena airear lo de la vista cansada y darle esa satisfacción.

—Sí, muy mona...—responde finalmente Martina, apartando con gesto impaciente la foto, pues este pedante comienza a aburrirla mortalmente. Es hora de dar por terminado el paripé.

—Bueno, Miguel, este afortunado reencuentro ha sido un auténtico placer...Pero debo irme. He quedado con un cliente importante, y no me gustaría hacerlo esperar.

—Yo también ando con prisas. Lo mismo te digo... ¡Me ha encantado verte!—Y se levanta aliviado, deseoso de que Martina haga lo propio y mueva su voluminoso trasero, que no está él para perder el tiempo con esta insoportable a la que perdió de vista hace ya unos años, afortunadamente. «¿Seguirá tan frígida e insoportable?»

Salen de la cafetería y se detienen en la acera unos segundos. Intercambian sus respectivas tarjetas, mientras los labios cínicos y sus lenguas cómplices vomitan falsas promesas de futuros encuentros en los que, cómo no, han de estar presentes las respectivas parejas — y los niños, claro— en una almibarada y totalmente inviable reunión que ellos saben que nunca se producirá.

Un beso que apenas es un roce de mejilla sella el encuentro frugal de quienes intercambiaron sueños y fluidos. «La misma apetosa colonia de siempre», piensa él, «El mismo problema de halitosis de siempre», piensa ella, mientras se aprietan levemente la mano y sus sonrisas de Gato de Cheshire permanecen intactas.

«UNA JOYA DE VECINA»

«Por Dios, que no esté Paqui, por Dios...»

Mis súplicas han resultado inútiles, pues según he abierto la puerta del ascensor, mi vecina también ha abierto la de su casa, como todos los días. Que nadie me malinterprete: Paqui es un ángel, es una de esas vecinas que todos desearíamos tener, la vecina que te presta un cartón de leche bajo la premisa «Y no me lo devuelvas, cielo, que me ofendes», la vecina que te riega las plantas cuando estás de vacaciones y te tiende la ropa cuando has tenido que salir deprisa y corriendo sin poder esperar a que el programa termine, la que llama al timbre cuando estás buscando en la nevera algo de cenar entre las apestosas sobras de hace una semana, y te sorprende con una tortilla de patatas recién hecha... Pero es que Paqui es una máquina de hablar, y hoy no estoy para pesadeces, lo juro, que vengo ya muy atacado por la dichosa migraña, y esto una vez que comienza, ya no tiene freno...

—Buenos días, vecino, ¿Qué tal el curro?

—Buenos días, Paqui. Pues ha habido bastante trabajo...—Le contesto mientras sujeto la mochila con una mano, la otra introducida en las negras entrañas, intentando encontrar las dichas llaves, que siempre se resisten.

—Te veo mala cara. ¿Te encuentras bien?

—Pues no, no estoy bien. La dichosa migraña, en cuanto comienza, estoy perdido.

Paqui se ríe abiertamente, y su risa repentina y escandalosa ofende un poco a mi ya alterado sistema nervioso.

—Pero chiquillo ¿También los tíos andáis a vueltas con lo de la cabeza? Yo pensé que sólo nos dolía a las mujeres, ya sabes...—me pone ojos picarones, y por si no lo he entendido con claridad, me lo explica a continuación— ¡La típica excusa para quitarse de encima al marido insistente!— Y vuelve a reír con ganas, con una risa aguda que en ese momento me perfora los tímpanos, reverberando dentro de mi cráneo.

—Bueno, Paqui, voy a ver si me tumbo un ratillo, que estoy fatal...

— ¡De eso nada, tesoro, tú no te quedas solo sufriendo, que para eso está la Paqui aquí, para cuidarte como una madre!

Y contemplo aterrado cómo me arrebatara la mochila y las llaves de la mano, en una primera toma de posiciones que deja bien claro quién ostenta el mando.

—¡Hala, a tumbarte al sofá, que la Paqui te prepara la comida, tú relájate!

—No, no, Paqui, muchas gracias, pero no puedo comer ahora...tengo un malestar que ni te imaginas. Si como algo, seguro que lo vomito...

—Pues con el estómago vacío aún peor... ¡Ay, qué manía tenéis los solteros de no alimentaros como Dios manda!

Paqui tiene el enorme defecto de no escuchar a su interlocutor, y sigue erre que erre, organizando el asunto:

—Te preparo un buen caldo, que verás cómo te asienta el estómago y entras en calor.

—No te molestes, de verdad, que no me entra nada. —Hago un último intento que sé de antemano que es inútil, porque mi vecina, una vez se lanza, es imparable.

Paqui, al frente de la situación, coge la manta del sofá, me envuelve con ella y sale con determinación en busca del prometido caldo. En apenas tres minutos está de vuelta, y a mí comienzan a entrarme unos escalofríos que sospecho provocados por la migraña, pero en los que interviene a buen seguro el desasosiego que me causa la insistencia de Paqui, por muy buena intención que ponga. No soy un desagradecido, es que no puedo con la vida, necesito quedarme solo y a oscuras, eso es todo...

—El caldo es de brick— me comenta ella con los ojos muy abiertos. Pero el de esta marca (señala con su uña larga, pintada de rojo pasión) es como el casero. ¡Hala, te lo caliento un poquito y a entonar ese cuerpo serrano!

Se dirige hacia a la cocina, y mientras la terrorífica sinfonía que comienza a orquestarse dentro de mi cráneo va *in crescendo*, Paqui canturrea ajena a mi drama, totalmente ignorante de que me siento tan mal que el mundo ha dejado de importarme. Comienza ahora el dolor, un dolor terrible que no calman ya ni los analgésicos. Pero antes de que me dé cuenta, reaparece la solícita vecina con un tazón humeante de caldo, que a mí me revuelve el estómago un poco más de lo que ya lo tengo revuelto.

—Verás...—Me dice Paqui con los ojos muy abiertos, pero ajena al inquietante color cerúleo de mi rostro atribulado— esto es mano de santo. Mi mamá, que en paz descansa, padecía

jaquecas. En aquella época, que no había tantos medicamentos como ahora, se tomaba un caldo de gallina, y en diez minutos estaba como nueva.

La poca luz que entra por la ventana de la salita me hiere mortalmente. A pesar de ello, me incorporo. Es tal el dolor y el malestar, que mi raciocinio se ha desconectado, debido a lo cual no pienso lo que hago. Y por eso, quizás inconscientemente llevado por la falacia de que Paqui tenga en su poder la panacea contra las migrañas —cosas más raras se han visto— me siento en el sofá y tomo un sorbo. Inmediatamente mi estómago se revela, pero a pesar de ello insisto, desquiciadamente alentado por la improbable posibilidad de que con el dichoso caldo la migraña desaparezca. Bebo un poco más, arrastrado por la desesperación, ciego de fe en los remedios ancestrales de la madre de Paqui. Pero para mi desgracia, sucede lo que esperaba: mi aparato digestivo lleva un buen rato advirtiéndome que está inoperativo, y yo sin hacerle caso... comienzo a dar arcadas, mientras mi vecina me mira con curiosidad casi científica desde los cristales de sus gafas progresivas. Me incorporo como puedo, y entre náuseas y tremendos eructos, llego hasta el baño, desde cuya puerta entreabierta puedo ver —después de echar el caldito, unas cuantas bilis y hasta el hígado— la figura rechoncha de Paqui apoyada en el vano, ambas manos sobre la boca inauditamente cerrada, en plan «la que he liado».

Vuelvo al sofá y tras de mí, Paqui en silencio.

—¡Ay cariño, qué malito te has puesto!

—No pasa nada, Paqui— le digo a mi solícita vecina, arrastrando las palabras mientras me limpio las babas restantes en la manga de esa chaqueta que ya me costó un pastón en rebajas.

Me siento morir, pero ella no se da por vencida, Paqui es una luchadora, una madraza de la vieja escuela, incapaz de negarle sus cuidados a un ser sufriente, sea cual sea su dolencia, edad, sexo o condición.

— ¡De eso nada, la Paqui al pie del cañón! —Insiste, y yo, aunque lo intento, no tengo fuerzas ni para levantar la mano e indicarla que se vaya, que todo está bajo control— ¡No te dejes solo ni aunque me lo pidas de rodillas!

A punto estuve, lo juro, de arrodillarme. Pero no podía con mi alma. Un sudor frío me perlaba ahora la frente. Y entonces Paqui me dice, muy bajito:

—Ahora vuelvo, cielo, no te muevas...—Asiento desde mi inconsciencia, sin tener demasiado claro adónde podría irme tal y como estoy.

Ella se retira de puntillas, como si ya fuese un poco más consciente de mi crítico estado. Pero regresa al poco tiempo con un par de toallas de bidé (¡Agggg, justo lo que necesitaba!) empapadas en agua fresca, y sin encomendarse ni a dios ni al diablo, me planta una en la frente. No me importa, llegado a este punto, ya ni siento ni padezco. Tampoco me inmuto cuando la veo acercar un sillón al sofá en el que me hayo postrado —sin esperanzas inmediatas de mejoría— y abrir una revista que trajo junto con las toallas de bidé (¡Aggggg!).

—Te leo un poquillo, cielo, así te distraes— me dice muy bajito, abandonando momentáneamente sus histriónicos modales, y ese tono de voz que tanto puede llegar a molestar en mis condiciones—Me acordé de esta revista que tenía por casa...Verás lo que pone aquí...«Los y las pacientes con migraña prefieren a sus neurólogos o neurólogas rubios o rubias»...

Asiento un poco moviendo la cabeza, pues no puedo ponerme a explicarle ahora a Paqui que esa revista que trae consigo es una patraña, y que los artículos pseudocientíficos a los que ese tipo de publicaciones son tan aficionadas, están dirigidos a mentes un poquito huecas, fácilmente sugestionables con tonterías de esa índole. Lo pienso, eso sí, pero me veo incapaz de articular palabra. Vuelvo a asentir un poquito más, deseando zanjar el tema con mi insistente gesto en plan: «Curioso a la vez que interesante, Paqui, qué bien que me lo hayas contado. Me será de mucha utilidad».

Pero mi querida vecina no se da fácilmente por satisfecha, así que vuelve a la carga:

—¿Crees que es cierto? ¿Tu neuróloga es rubia? ¡Ay, pillín, claro que sí, con lo que te van a ti las rubias...¿Cómo se llamaba la chica aquella de la que anduviste tan enamorado?...¡Sí, aquella a la que llamabas toooodas las tardes, a las seis en punto, que era la hora en que ella hacía la pausa en el trabajo...Sí, hombre, que al final pasó un fin de semana aquí contigo, y la cosa no resultó porque ella aún no había olvidado al tipo aquel con el que estuvo casi cinco años...

A pesar de mi malestar, a pesar de que no puedo con la vida, me giro automáticamente hacia Paqui y abro dos ojos enormes,

olvidándome por un momento de que la poca luz que entra me perforará la cabeza como puñales al rojo. Mi encantadora vecina enmudece de repente. Advierte en mi mirada, a falta de palabras, mi perplejidad inicial y mi posterior enojo.

Se levanta, coloca la silla en su sitio, enrolla la revista entre sus manos con gesto nervioso y se dirige a mí de nuevo, cuidando mucho el tono de voz para no molestarme:

—Bueno, Jorge, yo me voy yendo, que se me olvidaba que hoy tengo clase de yoga... Ya ves, qué tonta, jijiji...

Paqui se va como alma que lleva el diablo, consciente de que se ha ido de la lengua. Ha tenido suerte esta Paqui, porque estoy hecho polvo y no puedo ni articular palabra... En fin, que no se me olvide —mañana mismo, sin falta— ir al bricolaje a por el aislante acústico y forrar toda la pared, que veo que esto de que mi dormitorio linde con la sala de estar de Paqui, es como tenerla metida en casa.

«UN LARGO VIAJE»

Eusebia se secó las manos enrojecidas en una rodea deshilachada, tiró con impaciencia del delantal que la señora le obligaba a ponerse cuando cocinaba y salió apresuradamente, a cumplir el mandato de una doña Angustias arrebatada por histriónicas manifestaciones de dolor.

La criada llegó con prontitud al Círculo de Recreo y se paró en seco cuando ante ella se plantó un conserje con ínfulas territoriales .

— ¿Dónde va usted? ¿No sabe que aquí sólo entran los socios?

—Vengo a buscar a don Paco. Me manda su señora, es urgente.

— ¡Bueno, bueno, que don Paco se pone hecho un miura si le interrumpe la partida por las buenas! Dígame qué es lo que corre tanta prisa, y ya veré yo si le aviso o no, que aquí un menda tiene autoridad para decidir...

— ¡Váyase usted a freír puñetas, hombre! ¡Avísele de una santa vez, que su cuñado acaba de fallecer!

Toda la arrogancia del portero se esfumó entre el humo espeso que atufaba la garita, y el hombre salió veloz a dar el recado, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. Pasados unos minutos aparecía don Paco con el gesto crispado, tan afectado por la funesta noticia como por el hecho siempre molesto de dejar a medias la partida. Eusebia lo siguió por las calles desiertas, tan rápido como le era posible, neutralizando las zancadas contundentes del hombre con un trotecillo esforzado.

— ¡Ay Paco, qué desgracia! En cuanto penetraron en la vivienda, Doña Angustias se abalanzó, con toda la contundencia de su cuerpo serrano, sobre el enclenque marido, quien a punto de ser derribado y poco amigo como era públicos afectos, se zafó de ella como pudo, resuelto a acabar con el engorroso asunto cuanto antes.

— ¡Angustias, por dios, tranquilízate! Si estábamos avisados, mujer, que el calavera de tu hermano tenía que acabar así, que llevaba muy mala vida. Y demos gracias a que no las diñó donde tú ya sabes — Paco se refería a la casa de lenocinio instalada dos calles abajo y de la cual su cuñado era asiduo visitante— Porque ha sido aquí, ¿Verdad?

Angustias se sonaba los mocos con un pañuelito de encaje primorosamente planchado y perfumado, que guardaba para ocasiones como esta. Presa de la congoja asintió con la cabeza.

—Si Paco, sí... en su dormitorio está el pobre, pajarito...

—Pues me voy a avisar a Rufino, que venga cuanto antes a certificar la defunción.

Buen amigo de la familia, el médico se presentó sin pérdida de tiempo, más quenada temiendo por la salud mental de Paco: no era fácil, en absoluto, lidiar con Angustias. No quería imaginarse el galeno el estado de arrebató en el que encontraría a la mujer. Por si acaso, antes de salir apresuradamente, tomó del botiquín una buena provisión de calmantes, que Angustias estaba bien entrada encarnes y necesitaría la dosis de una mula para tranquilizarse.

En cuanto don Rufino cruzó el umbral de la puerta, vio cumplidos sus peores presagios. Una Angustias con los nervios fuera de control se abalanzó sobre él como hiciera con su marido. El médico no se lo pensó dos veces antes de mandar a la criada a por un vaso de agua.

—Hala, hala, Angustias, tómate estas pastillitas para sobre llevar el duro trance con la dignidad que tú te mereces... ¿Dónde está el cadáver?

—Sobre su cama. ¡Pobrecito mío!— Aulló Angustias, haciendo aspavientos, mientras encabezaba el recorrido hasta el dormitorio del finado. Don Rufino comprobó que, en efecto, el cuñado calavera de Paco había dejado de hacer de las suyas.

—Os firmo el certificado de defunción y aquí paz y después gloria— resolvió el doctor, mirando a Paco por encima de la montura de su gafas— Un momento... ¿ Dónde lo enterraréis?

—En el pueblo, en el pueblo, junto a los papás— Aunque daba los últimos coletazos, Angustias parecía resistirse a la acción narcótica del medicamento, mientras Rufino pensaba que quizás había errado la dosis, subestimando la tremenda humanidad de la mujer.

—Pues entonces tenéis un problema: antes de una semana no le dais sepultura...

— ¡Qué barbaridad!— aulló Angustias, súbitamente repuesta de la somnolencia— ¡Treinta grados a la sombra y el muerto en casa! ¿Pero qué estás diciendo, insensato?

—Lo que oyes, Angustias...—el galeno observaba estupefacto la resistencia numantina de la mujer a la dosis masiva de Equanil— Antes de llegar al pueblo, el coche fúnebre que traslade al finado ha de pasar por tres provincias diferentes. Y como diría el Ilustre Hidalgo... “Con el clero hemos topado”... Habéis de solicitar los trámites para el traslado en tres obispados diferentes... Lo cual lleva su tiempo.

— ¡Coño con tu hermano, Angustias! ¡Hasta fiambre sigue haciendo la puñeta!— se encolerizó Paco, deseoso de quitarse el muerto de encima cuanto antes. Angustias, narcotizada y todo, le entró al trapo, y el galeno tuvo que poner fin a la trifulca:

—Bueno, queridos amigos, Angustias tiene razón. Con estas temperaturas...En fin, qué queréis que os cuente que no sepáis... Sólo existe una solución...

— ¿Cuál? – Preguntaron marido y mujer, por una vez al unísono.

—Ya sabéis lo que es la burocracia: un campo de cultivo de paciencia. Así que lo más eficaz será que montéis al difunto en el coche, y os hagáis los setenta kilómetros al pueblo como si nada, que es lo mejor en estos casos. En cuanto lleguéis allí, decís que falleció por el camino y santas pascuas.

Angustias y su esposo se miraron con los ojos muy abiertos, un poco atemorizados. Nunca habían cometido desatino legal alguno, y la idea de toparse con una pareja de la benemérita por el camino, llevando en el asiento de atrás un cadáver, les ponía los pelos de punta. Además estaba la cuestión práctica, la del rigor mortis...

—Por eso no os preocupéis, que tiene solución, al menos mientras llegáis.

Y así fue como Eusebia, entre jaculatorias y suspiros, comenzó a calentar agua, como si en la casa estuviesen de parto y no de funeral. Don Rufino les hizo llenar bolsas y botellas con el líquido hirviendo. “Si el cadáver no se enfría, retrasaremos la rigidez”, explicó el médico.

Una vez cumplida la fase más sencilla del proceso —calentar agua mientras el desatino que se habían propuesto tomaba cuerpo— llegó la parte complicada, la de ponerse en camino:

—Eusebia, tú irás detrás con el finado. De cuando en cuando se moverá repentinamente. Tu misión será la de acomodarlo de nuevo en el asiento.

—¡¡Ayyy, por dios, don Rufino!! ¡No me haga ir, por su madre se lo pido! —aullaba la chica, de naturaleza supersticiosa y tan miedica que prefería la propia muerte antes que compartir asiento con la ajena.

— ¡A callar y a obedecer, que ya eres mayorcita para comportarte como una chicuela! ¿No ves que doña Angustias ha de ir en el asiento delantero, al lado del señor, como siempre? ¡Se trata de no levantar sospechas, so mentecata!— gruñó el médico, que ya empezaba a hartarse de aquel lío mortuorio que prometía enredarse más de lo estrictamente necesario— Tú, Paco, mete el coche en el patio, para que podamos maniobrar lejos de miradas indiscretas.

Al cabo de unos minutos Angustias esperaba ya en el asiento delantero, presa de un sopor que asemejaba más bien un coma profundo —temió el médico haberse excedido en la dosis de calmante— y que resultó ser providencial, pues ello le impidió presenciar la desafortunada maniobra de introducción del cadáver de su hermano en el vehículo. Eusebia no paraba de lloriquear y entrechocaba las mandíbulas, produciendo un molesto castañeteo de dientes que a punto estuvo de acabar con la paciencia de un doctor sudoroso y congestionado, esforzado en acomodar las piernas del difunto pasajero en el asiento de atrás, con la ineficiente ayuda de don Paco. Por fin, tras un cuarto de hora de esfuerzo considerable, el muerto estaba cómodamente aposentado, envuelto en una manta —se trataba de mantenerlo calentito a toda costa—, rodeado de botellas de agua caliente y con el sombrero de ala bien calado, más que nada por ocultar de miradas indiscretas la cara de pocos amigos del muerto.

— ¡Hala, id con Dios! ¡Y no corras, Paco, que ya no hay prisa!— don Paco no advirtió el retintín en las palabras de su amigo, que sudoroso y muy aliviado les decía adiós con la mano desde el portón abierto del patio.

El calor era insufrible. Angustias roncaba, Eusebia se mordisqueaba nerviosa las uñas sin perder de vista a su plácido

compañero de viaje y don Paco, para sus adentros, se iba acordando del muerto y de toda su familia. Por el momento estaban teniendo suerte: el asfalto recalentado por el inclemente sol de agosto era inhabitable hasta para las lagartijas, por lo que no encontraron un alma en muchos kilómetros. Don Paco confiaba en que la suerte estuviera de su parte...Hasta que sucedió lo peor que podía suceder. Y una vez más, la culpa de todo la tuvo el muerto, a quien le dio por pegar un respingo importante y curvarse como si el asiento tuviese alfileres. El grito de Eusebia perforó los oídos de don Paco, antes de perderse para siempre en la quietud de la tarde estival. Incluso doña Angustias, en coma inducido, movió levemente los párpados y se arrellanó, satisfecha.

— ¡Coño, Eusebia, qué susto me has dado, desgraciada!— bufó don Paco, sudoroso, tras pegar un ligero volantazo — ¡Anda y coloca a mi cuñado en el asiento, que así vamos llamando la atención!

— ¡Ay señor Paco, por dios, que yo no lo toco!—gritaba presa del más puro terror Eusebia, con ambas manos agarradas a la manecilla de la puerta, como preparada para tirarse del vehículo en marcha si fuese necesario.

— ¡Eusebia, que no está el horno para bollos!—Vociferaba don Paco, desorbitado.

— ¡Que no y que no, que para lo que le pagan a una...!

— ¡Que lo coloques, demonios!

— ¡Que yo al muerto no lo toco, no señor!

Así que don Paco, presa de un arrebató furibundo y sin pensar en las terribles consecuencias de su acción, se volvió para encajar con todas sus fuerzas la pelvis del finado en el asiento. Y sucedió lo que tenía que suceder: el coche acabó en la cuneta, con el parabrisas resquebrajado, el vapor de agua saliendo del radiador destrozado y una rueda perdida entre el terruño agostado y polvoriento de la tierra de labor. Por suerte, la benemérita del pueblo cercano acudió con prontitud, avisada por un camionero que pasaba por allí.

— ¡Vaya accidente! ¡Están todos muertos!

Las palabras del guardia civil devolvieron la consciencia a don Paco, que se despabilaba al tiempo que Eusebia hacía lo propio en el asiento de atrás. Angustias, alertada por el topetazo, fue atravesando una por una las espesas capas de su sueño inducido, y

no sin esfuerzo aterrizó en la dramática realidad. Y entonces Eusebia comenzó a gritar, aterrada. “¡El muerto, quítenme el muerto de encim!” En efecto, el impacto había provocado que el cadáver se inclinase hacia un lado, aterrizando sobre los muslos de la criada.

—Tranquila, mujer, que no sabemos si este señor está muerto o solo conmocionado—habló el guardia civil, que asomaba la cabeza a través del hueco que dejara el cristal tras hacerse añicos. — ¡Muerto y bien muerto, señor, si lo sabré yo!—gritaba Eusebia.

—¡Pobrecita, la impresión del choque, que le ha trastornado!— mediaba don Paco, aterrado ante la posibilidad de que se descubriera el pastel. Y tras tomar el inexistente pulso a quien ya era cadáver desde hacía unas horas, el agente dio orden a su compañero de ir al cuartelillo y pasar aviso: el accidente se había cobrado la vida de uno de los pasajeros del asiento trasero. Doña Angustias comenzó a lloriquear y respondía ente sollozos al guardia. “Mi hermano, mi pobre hermano...”, mientras Eusebia seguía erre que erre, intentando como fuese que le quitasen al finado de las rodillas, cosa impensable hasta que el juez diese la orden de levantar el cadáver, le decía el agente. Y la pobre insistiendo en que el muerto ya estaba muerto de antes, y el matrimonio quitándole hierro a las palabras de la muchacha, desquiciada por la fuerte impresión recibida...

— Pero... ¿Y estas bolsas de agua caliente? ¿Y la manta? ¡Con los casi cuarenta grados de este verano de la meseta!— exclamó impresionado el miembro de la benemérita institución. Angustias, muy angustiada ella, salió al quite con toda la rapidez que sus reflejos, mermados por la acción de las drogas psicotrópicas le permitieron:

—Mi pobre hermano, verá... Él fue combatiente en Cuba, donde contrajo la malaria... De cuando en cuando le daban unas fiebres altísimas... ¡Se deshacía en escalofríos, no vea usted lo que eran esas fiebres! ¡Terribles!!... Precisamente, nos dirigíamos al hospital con él.

—¿Cuba? ¡No me diga! ¡Mi hermano también luchó allí! — comentó el agente, sinceramente agradado por el repentino hermanamiento — Pero él se trajo la sífilis, con perdón de las señoras, que era mi hermano hombre de débil voluntad...

Angustias sacó el abanico del bolso, decidida a homenajear a su difunto hermano relatándole pormenorizadamente al guardia civil las gloriosas y patrias intervenciones del finado en tierras caribeñas, mientras su esposo, una vez delegada la pesada carga de aguantar a su mujer en el ingenuo agente, se encendía el purito que dejó a medias, y fantaseaba con el órdago a grande que se traía entre manos antes de que el crápula de su cuñado le fastidiase la partida.

Y así, entre recuerdos de batallas ajenas libradas entre una vegetación tropical rebosante de mosquitos y el lloriqueo insistente e infructuoso de Eusebia, que ya era desatendido como un molesto ruido de fondo al que deja de prestarse atención, fue cayendo esa tarde luctuosa y extraña.

A lo lejos, las luces del coche fúnebre, anunciando que la pesadilla, surgida por la insensata pretensión de burlar el papeleo, tocaba a su fin.